

moderada y desordenada, de manera que crean de ella lo que puede que no sea. Pero cuando suceda que asista á conversaciones como las citadas, debe aparentar un poco de rubor y de vergüenza. Si tiene maña, podrá desviar la conversación hacia temas más decentes y más nobles. Porque su educación no es muy inferior á la del hombre. Ella también debe saber las letras, la música, la pintura, bailar bien, conversar agradablemente.» Las damas que asisten á la conversación, unen el ejemplo al precepto; su buen gusto y su talento brillan en ella con mesura, aplauden el entusiasmo de Bembo, sus nobles teorías platónicas sobre el amor universal y puro. Hallaréis entonces en Italia mujeres que, como Vittoria Colonna, Verónica Gambara, Costanza de Amalfi, Tulia de Aragona, la duquesa de Ferrara, unen talentos superiores á una instrucción superior. Si ahora recordáis los retratos del tiempo que están en el Louvre, los venecianos pálidos y pensativos, vestidos de negro; el *Joven de Francia*, tan ardiente é inmóvil; la delicada *Juana de Nápoles*, de cuello de cisne; el *Joven de la estatutta*, de Bronzino, todas esas fisonomías inteligentes y tranquilas, todos esos trajes ricos y severos, acaso podáis tener una idea de la finura exquisita, de las ricas facultades, de la perfecta cultura de esa sociedad que, tres siglos antes que la nuestra, manejaba las ideas, gustaba de la elegancia, practicaba la urbanidad tanto y puede que mejor que nosotros.

CAPÍTULO IV

Las condiciones secundarias

(Continuación)

Esto nos conduce á distinguir otro rasgo de esta civilización y otra condición de la gran pintura. En otras épocas, la cultura de los espíritus ha sido igualmente fina, sin que la pintura haya tenido tanto esplendor. En nuestro tiempo, por ejemplo, habiendo acumulado los hombres por encima de los conocimientos del siglo XVI trescientos años de experiencias y de descubrimientos, son más sabios y más provistos de ideas que nunca; sin embargo, no se puede decir que las artes de dibujo en la Europa contemporánea produzcan tan hermosas obras como en Italia en tiempo del Renacimiento. No es, pues, bastante para explicar las grandes obras del año 1500 hacer notar la viva inteligencia y la completa cultura de los contemporáneos de Rafael; se tiene aún que definir esa especie de inteligencia y de cultura, y después de haber comparado la Italia á la Europa del siglo XV, compararla á esta Europa en que vivimos hoy.

Entremos primeramente en el país que es ciertamente de nuestros días el más sabio de Europa: Alemania. Allí, sobre todo en la Alemania del Norte, todo el mundo sabe leer; además, los jóvenes pasan en las universidades cinco ó seis años,

no sólo los muchachos ricos ó de posición desahogada, sino casi todos los hombres de la clase media y algunos de la clase inferior, á costa de muchas miserias y de grandes privaciones. Allí la ciencia es un honor tan grande, que produce á veces la afectación y á menudo la pedantería. Muchos jóvenes, aun teniendo buena vista, llevan anteojos para darse un aire más sabio. Lo que en una cabeza de veinte años alemana domina no es el deseo de figurar en el círculo ó en el café, como se ve en Francia: es la voluntad de adquirir nociones de conjunto sobre la humanidad, el mundo, lo sobrenatural, la Naturaleza y sobre muchas cosas más todavía; en resumen, tener una filosofía completa. No hay un país en el que se encuentre un gusto tan grande, una preocupación tan habitual, una inteligencia tan natural de las teorías elevadas y abstractas. Es la patria de la metafísica y de los sistemas. Pero esta superabundancia de las meditaciones superiores ha perjudicado las artes del dibujo. Los pintores alemanes se esfuerzan en expresar en sus lienzos ó en sus frescos ideas humanitarias ó religiosas. Subordinan al pensamiento el color y la forma; su obra es simbólica; pintan sobre las paredes un curso de filosofía y de historia, y si vais á Munich veréis que los más grandes son unos filósofos extraviados en la pintura, más capaces de hablar á la razón que á los ojos, y cuyo instrumento debía ser una pluma y no un pincel.

Pasemos á Inglaterra. Allí un hombre de la clase media entra muy joven en una tienda ó en un despacho; en él trabaja diez horas del día, trabaja además en su casa, y tiende todas las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo para ganar mucho dinero. Se casa y tiene muchos hijos; por lo tanto,

trabaja todavía más; la concurrencia es áspera, el clima es duro y las necesidades son grandes. Un gentleman, un rico, un noble, no tiene muchos más ocios; está ocupado y sujeto á deberes graves. La política absorbe la atención de todo el mundo: los mítines, los comités, los clubs, periódicos como el *Times*, que todas las mañanas os trae un volumen entero de lectura, las cifras, las estadísticas, una masa pesada de hechos indigestos para devorar y digerir; por encima de todo esto, grandes cuestiones religiosas, fundaciones, empresas, la preocupación incesante de mejorar la cosa pública y privada, cuestiones de dinero, de preponderancia, de conciencia, razonamientos utilitarios ó morales, ese es el pasto del espíritu. Es por lo que la pintura y las otras artes que se dirigen á los sentidos están relegadas ó caen por sí mismas en un puesto inferior. No hay tiempo para ocuparse de ellas; se piensa en asuntos más graves y más urgentes; interesan por moda y conveniencia; son una mera curiosidad; suministran un estudio interesante á algunos aficionados. Se podrá encontrar algunos protectores que dan dinero para fundar museos, comprar dibujos originales, establecer escuelas, como lo hubieran dado para cualquier otra cosa, para la propagación del Evangelio, para la manutención de los niños de la inclusa, para la curación de los epilépticos. Y aun esos protectores pensarán en el interés público y social que la mística dulcifica al pueblo y disminuye la borrachera del domingo, que las artes del dibujo preparan buenos obreros para las telas y las alhajas de lujo. Falta el gusto; el sentimiento de las formas bellas y de los colores hermosos no es aquí más que un fruto de educación, una naranja exótica trabajosamente cultivada en estufa caliente, con grandes gastos, y

que frecuentemente está ácida ó rancia. Los pintores contemporáneos del país son unos obreros con un talento exacto y limitado; harán un haz de heno, un pliegue de un traje, un matorral con una sequedad y una minuciosidad que hiere; el esfuerzo prolongado, la atención continua de toda la máquina física y moral ha desarreglado en ellos el equilibrio de las sensaciones y de las imágenes; se han vuelto insensibles á la armonía de los colores, vierten sobre su lienzo tarros de verde loro, hacen árboles de cinc ó de palastro, pintan unos cuerpos con rojo sangre de toro; salvo en el estudio de las fisonomías y en la ciencia de los caracteres morales, su pintura es chocante y sus exposiciones nacionales presentan á los extranjeros una reunión de colores tan agrios, tan disonantes, tan violentos como una cencerrada.

Se dirá que esas gentes son alemanes é ingleses, serios, protestantes, hombres de erudición ó de negocios, y que en París, por lo menos, se tiene gusto y se busca el placer. Es verdad que París es en estos momentos la ciudad del mundo en donde gusta más conversar, leer, juzgar las artes, distinguir los matices de lo bello, en donde los extranjeros encuentran la vida más agradable, más varia, más alegre. Y sin embargo, la pintura francesa, aunque sobrepuje la de los países extranjeros, no iguala, confesado por los mismos franceses, á la pintura italiana del Renacimiento. En todo caso, es diferente: sus obras indican otro espíritu y se dirigen á otros espíritus. Es mucho más poética, histórica ó dramática que pictórica. Inferior en el sentimiento del hermoso cuerpo desnudo y de la hermosa vida sencilla, está trabajada en todos sentidos, para representar las escenas verídicas y el traje exacto de los países lejanos y de los tiem-

pos pasados, las emociones trágicas del alma, los aspectos sorprendentes del paisaje. Se ha vuelto la rival de la literatura; ha explotado é indagado el mismo campo; ha hecho el mismo llamamiento á la curiosidad insaciable, al espíritu arqueológico, á la necesidad de emociones fuertes, á la sensibilidad refinada y enfermiza. Se ha transformado para hablar á los ciudadanos cansados por el trabajo, aprisionados en la vida sedentaria, colmados de ideas compuestas, ávidos de novedades, de documentos, de sensaciones y también de la tranquilidad del campo. Entre el siglo XV y el XIX se ha verificado un cambio enorme; el objeto y la disposición interior del cerebro humano se han complicado de una manera excesiva. En París y en Francia hay demasiado esfuerzo, y por dos razones. Primero la vida se ha vuelto costosa. Una cantidad de pequeñas comodidades son ahora indispensables. Se necesitan alfombras, cortinas, sillones, hasta para un hombre sobrio que vive solo; si se casa, le hacen falta, además, unos estantes llenos de baratijas, una bonita instalación dispendiosa, un conjunto infinito de menudencias, que teniendo que ser adquiridas con dinero y no pudiendo ser robadas en los caminos ó adquiridas por confiscaciones como en el siglo XV, deben ser penosamente ganadas por el trabajo. La mayor parte de la vida se gasta, pues, en esfuerzos laboriosos. Además, se quiere llegar; como formamos parte de una gran democracia en la que las plazas se sacan á concurso, se obtienen por la perseverancia, son conquistadas por la habilidad, cada uno de nosotros espera vagamente convertirse en ministro ó millonario, y esta rivalidad nos arrastra á hacer dobles nuestras ocupaciones, nuestras preocupaciones y nuestros fastidios.

Por otra parte, somos aquí seiscientos mil, es mucho y es demasiado. Siendo París la ciudad en la que hay más probabilidades de llegar, todos los que tienen talento, ambición, energía, acuden á ella y se encuentran. La capital del país se convierte así en el punto de reunión universal de todos los hombres superiores y especiales; ponen en común sus inventos y sus indagaciones, se aguijonean unos á otros; por las lecturas, el teatro y las conversaciones de todas clases, contraen una especie de fiebre. En París, el cerebro no está en un estado regular y sano; está requemado, rendido de cansancio, sobreexcitado, y sus obras, pintura ó literatura, se resienten de ello, á veces ventajosamente y con más frecuencia en detrimento suyo.

No pasa así en Italia. No se veían un millón de hombres en montón en un recinto, sino un número de ciudades de cincuenta, ciento ó doscientas mil almas; no se encontraba esa presión de ambiciones, esa fermentación de curiosidades, esa concentración del esfuerzo; esa exageración de la actividad humana. Una ciudad era una selección, y no, como entre nosotros, una multitud. Además, la necesidad de lo confortable era mediocre; los cuerpos eran todavía rudos; se viajaba á caballo y se vivía muy bien al aire libre. Los grandes palacios de esa época son magníficos, pero no sé si un burgués moderno querría habitarlos; son incómodos, se siente el frío en ellos; los sitials esculpidos y decorados con cabezas de leones ó de sátiros son una maravilla de arte, pero los encontraríais muy duros, y el cuarto más pequeño, la portería de una buena casa, con su calorífero, es más confortable que el palacio de León X y de Julio II. Ellos no necesitaban todas esas pequeñas comodidades sin las que hoy no podemos pasar; ponían su lujo en

la posesión de lo bello, no en el bienestar; pensaban en un arreglo noble de columnas y de figuras, no en una adquisición económica de baratijas, de divanes y de pantallas. En fin, estando las filas cerradas y no abriéndose más que por la fortuna militar ó por el favor del príncipe, para algunos bandidos ilustres, para cinco ó seis asesinos superiores, para algunos parásitos agradables, no se veía en la sociedad esta áspera concurrencia, esta agitación de hormiguero, este encarnizamiento incesante y prolongado por el cual cada uno de nosotros quiere sobrepujar al prójimo.

Todo esto corrobora que el espíritu humano estaba entonces mejor equilibrado que en esta Europa y en este París en donde vivimos. Por lo menos estaba mejor equilibrado para la pintura. Las artes del dibujo piden para florecer un suelo que no esté baldío, pero que no sea demasiado cultivado. En la Europa feudal era macizo y duro; hoy está desmoronado; antes la civilización no había pasado por él su arado suficientemente; hoy ha multiplicado sus surcos hasta lo infinito y con exceso. Para que las formas amplias y sencillas lleguen á fijarse en un lienzo por la mano de un Ticiano y de un Rafael, es preciso que se produzca naturalmente alrededor de ellos en el espíritu de los hombres, y para que se produzca naturalmente en el espíritu de los hombres, es preciso que en él no estén las imágenes ahogadas ni mutiladas por las ideas.

Dejad que me detenga un momento sobre esta palabra, pues es capital. Lo peculiar de la extrema cultura es el borrar cada vez más las imágenes en provecho de las ideas. Bajo el esfuerzo incesante de la educación, de la conversación, de la reflexión y de la ciencia, la visión primitiva se deforma, se descompone y se desvanece para dejar

el sitio á ideas desnudas, á palabras bien clasificadas, á una especie de álgebra. La marcha corriente del espíritu, es en lo sucesivo el razonamiento puro. Si vuelve á las imágenes, es con esfuerzo, por un salto enfermizo y violento, por una especie de alucinación desordenada y peligrosa. Tal es hoy nuestro estado de espíritu. Ya no somos pintores naturalmente. Nuestro cerebro está lleno de ideas mezcladas, matizadas, multiplicadas, entrecruzadas; todas las civilizaciones, la de nuestro país, las del extranjero, las del pasado, las del presente, han vertido en él su inundación y sus detritus. Por ejemplo, pronunciad la palabra «árbol» delante de un moderno; sabrá que no se trata ni de un perro, ni de un borrego, ni de un mueble; alojará ese signo en su cabeza, en un casillero rotulado y distintivo; eso es á lo que hoy llamamos comprender. Nuestras lecturas y nuestro saber han poblado nuestro espíritu con signos abstractos; nuestras costumbres de reglamentación nos llevan regular y lógicamente del uno al otro. No hacemos más que entrever por fragmentos las formas coloreadas; no persisten en nosotros; se esbozan de un modo vago en el lienzo interior, huyen en seguida. Si conseguimos retenerlas y precisarlas, es por la voluntad, después de un ejercicio largo, después de una contraeducación que violenta nuestra educación ordinaria; ese esfuerzo terrible va á pasar al sufrimiento y á la fiebre; nuestros más grandes coloristas, literatos ó pintores, son unos visionarios rendidos de cansancio ó desequilibrados (1).

(1) Enrique Heine, Victor Hugo, Shelley, Keats, Elisabeth Browning, Swinburne, Edgardo Poë, Balzac, Delacroix, Decamps y tantos otros. Ha hablado en nuestro tiempo muchos hermosos temperamentos de artistas. Casi todos han sufrido

Por el contrario, los artistas del Renacimiento son videntes. Esa misma palabra «árbol», oída por espíritus todavía sanos y sencillos, les hará ver en el momento el árbol todo entero, con la masa redonda y movediza de su follaje luminoso, con los ángulos negros que sus ramas dibujan sobre el azul del cielo, con su tronco rugoso cercado de gruesas venas, con sus pies hundidos en el suelo contra el viento y la tormenta, de suerte que su pensamiento, en vez de reducirse á una anotación y á una cifra, les suministrará un espectáculo animado y completo. Persistirán en él sin trabajo y volverán á él sin esfuerzo; escogerán de él lo esencial, no insistirán con una minuciosidad dolorosa y obstinada sobre el detalle; disfrutarán de sus hermosas imágenes, sin arrancarlas y lanzarlas fuera convulsivamente, como un jirón palpitante de su propia vida. Pintan como un caballo corre, como un pájaro vuela, espontáneamente; las formas coloreadas son entonces el lenguaje natural del espíritu; cuando los espectadores las contemplan en un fresco ó sobre un lienzo, ya las han visto en sí propios, las reconocen; no son para ellos unas extranjeras, traídas á la escena artificialmente por una combinación de arqueología, un esfuerzo de voluntad, una convención de escuela; les son tan familiares, que las importan á su vida privada y á sus ceremonias públicas. Se rodean de ella y hacen cuadros vivos al lado de los cuadros pintados.

En efecto, considerad el traje; ¡qué diferencia entre nuestros pantalones, nuestras levitas, nuestro fúnebre frac y sus grandes túnicas recamadas, sus

por su educación y por su medio ambiente. Goethe solamente ha sabido guardar el equilibrio, pero ha sido preciso su sabiduría, su vida regulada y su perpetuo dominio de sí mismo.

jubones de terciopelo y de seda, sus cuellos de encaje, sus puñales, sus espadas adamasquinadas con arabescos, sus bordados de oro, sus diamantes, sus gorros de pluma, toda esa ostentación de magnificencia que ya no existe hoy más que para uso de las mujeres y que entonces brillaba sobre el traje de los caballeros! Reparad todavía las fiestas pintorescas que se daban en todas las ciudades, las entradas solemnes, las mascaradas, las cabalgatas, que eran el placer del pueblo y de los príncipes. Por ejemplo, Galeazzo Sforza, duque de Milán, vino á visitar Florencia en 1471; iba acompañado por quinientos hombres de armas, por quinientos hombres de infantería, por cincuenta lacayos á pie vestidos de seda y de terciopelo, por dos mil gentilhombres y criados de su séquito, de quinientas parejas de perros y de un número infinito de halcones. Esta excursión le cuesta doscientos mil ducados de oro. Pietro Riario, cardenal de San Sixto, gasta veinte mil ducados en una sola fiesta para la duquesa de Ferrara, hace después un viaje por Italia con un cortejo tan numeroso y con tanto esplendor, que se le tomaría por el Papa, su hermano. Lorenzo de Médicis imagina en Florencia una mascarada que representa el triunfo de Camilo. Muchos cardenales llegan para verla. Lorenzo pide un elefante al Papa, que le envía en vez del elefante, ocupado en otra parte, dos leopardos y una pantera; el Papa siente que su dignidad le impida venir á una fiesta tan hermosa. La duquesa Lucrecia Borgia hace su entrada en Roma con doscientas damas, magníficamente vestidas, todas á caballo y cada una acompañada de un gentilhomme. La presencia, los trajes, la ostentación de los señores y de los príncipes dan en todas partes la idea de una parada soberbia de actores serios. En

cuanto se leen las crónicas y las Memorias, se ve que los italianos quieren hacer de la vida una hermosa fiesta. Las otras preocupaciones les parecen engaño. Para ellos se trata de gozar, gozar noblemente, grandemente, por el espíritu, por todos los sentidos, sobre todo por el de la vista. En efecto, no tienen otra cosa que hacer: ignoran nuestras preocupaciones políticas y humanitarias, no tienen parlamentos, mítines, grandes periódicos; los hombres notables ó poderosos no tienen una multitud razonadora á quien guiar, opinión pública que consultar, discusiones áridas que sostener, estadísticas que producir, razonamientos morales ó sociales que construir. Italia está gobernada por pequeños tiranos que han tomado el poder por la fuerza y lo guardan como lo han tomado. En sus momentos de ocio hacen construir y pintar. Los ricos y los nobles piensan como ellos en divertirse, en proveerse de hermosas queridas, en poseer estatuas, cuadros, hermosos trajes, en poner confidentes al lado del príncipe para estar advertidos si alguien les denuncia y quiere hacerlos matar.

No son tampoco las ideas religiosas las que los atormentan ú ocupan; los amigos de Lorenzo de Médicis, de Alejandro VI ó de Ludovico el Moro, no piensan en hacer misiones, empresas para la conversión de los paganos, unas suscripciones para construir y «moralizar al pueblo»; entonces no se era ferviente en Italia, nada se era menos que fervoroso. Lutero, que vino á Roma lleno el espíritu de escrúpulos y de fe, se escandalizó y decía á su regreso: «Los italianos son los más impíos de los hombres; se mofan de la verdadera religión, se burlan de nosotros los cristianos, porque creemos todos en la Escritura... Hay una frase que dicen cuando van á la iglesia: «Vamos á conformarnos

con el error popular.» «Si estuviésemos obligados—dicen—todavía á creer en todo la palabra de Dios, seríamos los más miserables de los hombres y no podríamos jamás tener un momento de alegría. Es preciso tomar un aspecto conveniente y no creer en todo.» En efecto, el pueblo, por temperamento, es pagano, y las gentes bien educadas, por educación, son incrédulas. «Los italianos—dice aún Lutero con horror—son ó epicúreos ó supersticiosos; el pueblo teme más á San Antonio ó á San Sebastián que al Cristo, á causa de las plagas que envían. Por eso cuando se quiere que los italianos no orinen en algún sitio se pinta en él á San Antonio con su lanza de fuego. Así es como viven en una superstición extrema, sin conocer la palabra de Dios, no creyendo ni en la resurrección de la carne ni en la vida eterna, y no temiendo más que á las plagas temporales.» Gran número de filósofos están en el secreto ó casi abiertamente en contra de la revelación y de la inmortalidad del alma. El ascetismo cristiano y la doctrina de las mortificaciones repugnan á todos. Encontraréis en los poetas, en Ariosto, en Ludovico el Veneciano, en Pulci, los ataques más vivos contra los monjes y las insinuaciones más libres contra los dogmas. Pulci, en un poema bufo, pone al principio de cada canto un *Hosanna*, un *In principio*, un texto sagrado de la misa. Para explicar cómo puede entrar el alma en el cuerpo, la compara á esos dulces que se envuelven en pan blanco caliente. ¿Qué le pasa en el otro mundo? «Ciertas gentes creen encontrar en el papahigos, hortelanos desplumados, excelentes camas, y por eso andan en los talones de los monjes. Pero, mi querido amigo, una vez que hayamos bajado al valle negro, ya no oiremos cantar *alleluya*.»

Contra esta sensualidad y este ateísmo, los moralistas y los predicadores de esta época, por ejemplo, Bruno y Savonarola, truenan con todas sus fuerzas. Savonarola decía á los florentinos que iba á convertir durante tres ó cuatro años: «Vuestra vida es una vida de puerco; la pasáis toda en la cama, en chismorreos, en paseos, en las orgias y en el libertinaje.» Sustraigamos de esto lo que hay que quitar siempre cuando es un predicador ó un moralista el que habla, y que ahueca la voz para que se le oiga; por mucho que quitéis, siempre quedará algo. Se ve por la biografía de los señores de esa época, por las diversiones cínicas ó refinadas de los duques de Ferrera y de Milán, por el epicureísmo delicado ó la franca licencia de los Médicis en Florencia, hasta dónde llegaba el refinamiento de todos los placeres. Estos Médicis eran unos banqueros que, un poco por fuerza y mucho por habilidad, se habían convertido en los primeros magistrados y en los verdaderos soberanos de la ciudad. Mantenían en derredor de ellos á pintores, poetas, escultores, sabios; hacían pintar en sus palacios cacerías y amores mitológicos; de cuadros, les gustaban las desnudeces de Dello y de Pollaiolo, aguzaban el paganismo grande y noble con un sabor de sensualidad voluptuosa. Es por lo que eran tolerantes con las escapatorias de sus pintores. Sabéis la historia de Fra Filippo Lippi, que había robado á una monja; los padres se quejan, y los Médicis se rien de ello. El mismo Fra Filippo trabajando en casa de ellos, era tan apasionado por sus queridas que, cuando le encerraban para hacerle terminar una obra, hacía una cuerda con las sábanas de su cama para escaparse por la ventana. Por fin, Comes dijo: «Que le dejen la puerta abierta; los hombres de talento son esencias celestiales

y no bestias de carga: no hay ni que aprisionarlos ni constreñirlos.» En Roma era todavía peor; no os contaré los entretenimientos de Alejandro VI: hay que leerlos en el diario de su capellán Burckhard; sólo en latín se pueden expresar esas priapadas y esas bacanales. En cuanto á León X, es un hombre de gusto, aficionado al latín hermoso y á los epigramas ingeniosos, pero no se abstiene por eso del placer libre y de la franca alegría física. En derredor suyo, Bembo, Molza, el Aretino, Baraballo, Querno, infinidad de poetas, músicos, parásitos, llevaban una vida poco edificante, y por lo común sus versos son algo más que ligeros; el cardenal Biniena hace representar delante de él una comedia, la *Calandra*, que hoy no se atreverían á poner en ningún teatro. El mismo se divierte en hacer servir á sus invitados unos manjares en formas de monos y de cuervos. Tiene por bufón un monje mendigo, Mariano, comedor terrible, «que de un bocado se traga un pichón cocido ó asado, y dicen que puede engullir cuarenta huevos y veinte pollos». Se complace en las alegrías groseras, en las imaginaciones fantásticas y burlescas: la verbosidad y la savia animal son superabundantes en él como en los demás: caza con pasión, con botas y espuelas, el ciervo y el jabalí en los cerros salvajes de Civita Vecchia, y las fiestas que da no son más eclesiásticas que sus costumbres. Un secretario del duque de Ferrara, testigo ocular, describe de este modo uno de esos días. Juzgad, por el contraste de sus placeres y de los nuestros, cuánto ha aumentado el dominio de las conveniencias, cuánto se han reducido los instintos libres y fuertes, cuánto se ha sometido la imaginación á la inteligencia pura, y qué distancia nos separa de esos tiempos semipaganos, totalmente sensuales, pero totalmente pin-

torescos, en los que la vida del espíritu no sobresalía sobre la vida del cuerpo:

«He ido á la comedia el domingo por la noche (1); monseñor de Rangoni (2) me hizo entrar adonde estaba el Pontífice con sus jóvenes y reverendísimos cardenales, en una antecámara de Cibo (3). Su Santidad se paseaba por ella, dejando que le presentasen á tales y cuales, cuya posición le convenía, y una vez llegado al número que había determinado, nos fuimos al lugar destinado á la comedia; nuestro Santo Padre se había colocado en la puerta, y sin ruido, dando su bendición, permitía la entrada á quien le parecía. Una vez admitido en la sala, se veía á un lado la escena, y al otro una gradería, sobre la que estaba instalada la silla del pontífice, quien después de la entrada de los laicos se colocó en su silla, levantada del suelo por cinco escalones, seguido de los reverendísimos y de los embajadores, que se situaron al lado de la silla según su rango, y una vez entrada la demás gente, que podrían ser dos mil personas, al son de los pifanos se hizo bajar el telón, en el que estaba pintado el hermano Mariano (4) con varios diablos que retozaban con él en cada lado del telón, en medio del cual había un letrero que decía: «Estos son los caprichos del hermano Mariano.» Se hizo

(1) Publicado por primera vez en la *Gaceta de Bellas Artes*, por el marqués José Campori.

(2) Hércules Rangoni, cardenal.

(3) El cardenal Inocencio, hijo de Franceschetto Cibo y de Magdalena de Médicis, hermana de León X.

(4) Fray Mariano Fetti, dominico laico que sucedió al Bramante, predecesor de Sebastiano en el oficio de Piombo (plomo), fué uno de los espíritus más alegres y graciosos en la corte de León X, en unión de Baraballo, Querno y sus semejantes, y á la vez protector y amigo de los artistas.

música, y el Papa con sus gemelos admiraba la escena, que era muy hermosa y hecha por mano de Rafael; realmente era un hermoso golpe de vista de perspectivas que fueron muy celebradas. Su Santidad admiraba también el cielo, que estaba representado maravillosamente; los candelabros estaban formados por letras, y cada letra sostenía cinco mecheros que decían: *Leo X, Pont. Maximus*. El nuncio salió á la escena y recitó un argumento; ridiculizó el título de la comedia, los *Suppositi*, hasta el punto que el Papa se rió de todo corazón con los asistentes (espectadores), y por lo que oí, los franceses se escandalizaron un poco del asunto de los *Suppositi*. Se recitó la comedia, que estuvo bien dicha (representada), y entre cada acto hubo un intermedio de músicas con pifanos, gaitas, dos cornetas, unas violas, unos laúdes y el órgano pequeño con unos sonidos tan varios que fué regalado al Papa por un monseñor muy ilustre de feliz memoria; había al mismo tiempo una flauta y una voz que gustó mucho; hubo también un concierto de voces, que á mi parecer no tuvo tanto éxito como las demás obras musicales. El último intermedio fué la *Morisca*, que representaba la fábula de Gorgone, muy buena, pero no con esa perfección que la he visto representar en el palacio de Vuestra Señoría: así terminó la fiesta. Los oyentes empezaron á marcharse, pero con tanta prisa y tanta gente á la vez, que habiéndome empujado mi destino contra un banco atravesado, corrí el peligro de romperme la pierna. Bondelmonte recibió un empujón muy violento de un español, y mientras que el primero empezaba á dar puñetazos al segundo, me fué más fácil escapar; lo cierto es que mi pierna estuvo en gran peligro; por otra parte, hallé una compensación á esta desgracia en una

gran bendición y encantadora sonrisa con que me favoreció el Santo Padre.

»El día que precedió á esta velada hubo una carrera de caballos, en la que se vió una tropa de rocines, teniendo por jefe á Monseñor Cornera, vestidos de moros cada uno de un modo diferente, y después otra á la española, vestida de raso de Alejandría con forros de seda tornasol, capuchones y casacas. Serapica iba á la cabeza de ellos con varios criados de cámara. Esta última tropa se componía de veinte caballeros; el Papa había dado cuarenta y cinco ducados á cada uno de los jinetes, y en verdad era una hermosa librea, con sus lacayos y trompeteros vestidos con la misma seda de colores. Cuando llegaron á la plaza empezaron á correr de dos en dos hacia la puerta de palacio, en donde se encontraba el Papa asomado á la ventana, y cuando terminaron la carrera las dos tropas se retiró la de Serapica al otro lado de la plaza y la de Cornera hacia San Pedro; tomando la de Serapica unas cerbatanas, vino á atacar á la de Cornera, que también tenían las suyas; la de Serapica lanzó sus cerbatanas sobre la de Cornera, que hizo lo mismo contra su rival, y las dos se atacaron y se arrojaron una sobre otra, lo que fué muy hermoso de ver y sin peligro. Se veían muy hermosos caballos y yeguas. Al día siguiente hubo corridas de toros; yo estaba con el señor don Antonio, como ya he escrito: hubo tres hombres muertos y cinco caballos heridos; dos de ellos se han muerto, y entre ellos uno de Serapica, hermoso rocín que le tiró al suelo y le hizo estar en gran peligro, porque el toro estaba encima de él, y si no se hubiera aguijoneado al bicho con las picas, le hubiera matado. Se asegura que el Papa decía: «Pobre Serapica» y que se lamentaba mucho. He oído contar que por la

noche se representó una comedia de un monje... y como no proporcionase gran satisfacción á los oyentes, el Papa, en vez de hacer bailar la *Morisca*, hizo que se columpiase al monje por el aire, envuelto en una manta, de manera que se diese un golpe muy fuerte en el vientre sobre el tablado del escenario; después le hizo cortar las ligas y sacar las medias de los talones, pero el buen monje se puso á tirar mordiscos á tres ó cuatro de los que le sujetaban. Le obligaron á montar á caballo y le dieron con la mano tantos golpes en el trasero, que según me han contado, ha sido necesario ponerle gran cantidad de ventosas en la parte posterior; está en la cama y no sigue bien. Se dice que el Papa ha obrado de esa manera para que sirva de ejemplo á los demás monjes, con el fin de que se quiten de la cabeza la idea de exhibir sus monjerías. Esta *Morisca* hizo reir mucho. Hoy le ha tocado el turno á la carrera de la sortija, delante de la puerta de palacio, estando el Papa mirando por las ventanas; los premios ya estaban inscritos sobre unos jarrones. Vino después la carrera de búfalos: era una cosa divertida ver correr esos bichos tan feos, que tan pronto iban hacia adelante, tan pronto hacia atrás; para llegar á la meta les hace falta mucho tiempo, porque dan un paso avanzando y reculan cuatro, de manera que el llegar á la meta es siempre difícil. El último que llegó fué el que estaba el primero, de manera que obtuvo el premio; eran hasta diez, y á fe mía que fué una diversión famosa. Me retiré después á casa de Bembo; hice una visita á Su Santidad y encontré allí al obispo de Bayeux. No se habló más que de máscaras y de cosas alegres.

»En Roma á este día, 8 de Marzo MDXVIII, á la cuarta hora de la noche.

»De vuestra muy ilustre señoría, el servidor,

»ALFONSO PAULUZO.»

He ahí los placeres del Carnaval en una corte que parece deber ser la más grave y la más decente de Italia; en ella se ven también las carreras de «hombres desnudos», como en los antiguos juegos de Grecia; también se han visto priapadas, como en los circos del antiguo imperio romano. Con una imaginación tan inclinada hacia los espectáculos físicos, con una civilización que señala el placer como el objeto de la vida humana, con una exención tan completa de los cuidados políticos, de las preocupaciones industriales y morales que ligan hoy los espíritus á los intereses positivos y á las ideas abstractas, no es de extrañar que una raza tan bien dotada para las artes y grandemente cultivada haya gustado, inventado y llegado á la perfección en el arte que representa á las formas sensibles. El Renacimiento es un momento único, intermedio entre la Edad Media y la edad moderna, entre la cultura insuficiente y la cultura demasiado desarrollada, entre el reino de los instintos desnudos y el reino de las ideas maduras. El hombre deja de ser entonces un animal grosero, carnívoro, que no sabe hacer más que ejercitar sus miembros; no es todavía un puro espíritu de gabinete ó de salón, que no sabe más que ejercitar su razonamiento y su lengua. Participa de las dos naturalezas; tiene sueños intensos y prolongados como el bárbaro; tiene curiosidades aceradas y delicadas como el hombre civilizado. Como el primero, piensa por imágenes; como el segundo, encuentra regulaciones. Como el primero, busca el placer sensible; como el segundo, busca más allá

que el placer desnudo. Tiene apetitos, pero tiene refinamientos. Se interesa en la exterioridad de las cosas, pero pide que sean perfectas. Las bellas formas que contempla en las obras de sus grandes artistas, no hacen más que destacar las figuras vagas que llenan su cabeza y contentar los instintos sordos que están amasados en su corazón.

CAPÍTULO V

Las condiciones secundarias

(Continuación)

Nos queda por saber por qué ese gran talento pictórico ha tomado como asunto principal al cuerpo humano, por qué experiencias, por qué costumbres, por qué pasiones los hombres estaban preparados para interesarse en los músculos, por qué en ese gran campo del arte sus ojos se han vuelto preferentemente hacia las figuras sanas, fuertes, activas, que las edades siguientes no han sabido volver á encontrar ó han copiado nada más que por tradición.

Para esto, después de haberos expuesto el estado de los espíritus, voy á tratar de mostraros la especie de los caracteres. Por el estado de los espíritus se entiende el género, el número, la calidad de ideas que se hallan en una cabeza humana; son de ella en cierto modo el mobiliario. Pero el mobiliario de una cabeza, como el de un palacio, cambia sin mucho trabajo; sin tocar al palacio se pueden poner en él otras colgaduras, otros aparadores, otros broncees, otras alfombras; de igual modo, sin tocar á la estructura interior de un alma, se puede poner en ella otras ideas; un cambio de condición ó de educación basta para ello: según que el hom-